

¡aquí, Madrid!



VENTAJAS DE SER ÁGILES



Según cuenta Julián Cortés-Cavanillas, a Mariano Gómez Santos le fastidiaba mucho que le llamen "ágil periodista". Es posible que tenga razón, porque se abusa en demasía de tal adjetivo, puesto en boga hace quince o veinte años, y que todos utilizamos algunas veces, aplicándolo en sentido figurado. Yo confieso haber incurrido en tal defecto, aunque no llegase a la exageración de cierto reportero intrépido que, refiriéndose al gigantesco tranvía 5001, construido en Madrid, afirmó que era un tranvía ágil. Se lo imaginaba uno haciéndole reverencias a la diosa Cibele y dando magníficos volatines cuando entrara en la Puerta del Sol.

Me explico la repulsa de Gómez Santos, porque ahora se les supone a todos la misma agilidad que al vehículo de marras: al actor gracioso que improvisa morcillas, al compositor de música alegre, a la tiple que vocaliza bien, al articulista que escribe una crónica divertida, al dibujante que domina su oficio o al orador a quien no se le duermen sus oyentes... ¡Ágilísimos, ágilísimos! Tal vez se deba esto al espíritu deportivo de nuestros días, que nos da vocación de titiriteros.

Es cosa de echarse a temblar cuando alguien desempolva un vocablo que estaba apolillándose en los diccionarios. Recuérdese la tremolina que se produjo a principios de siglo, al lanzar "Azorín" la palabra "eutrapelia". En "El Imparcial", donde trabajaba entonces el maestro, apareció una "entreviú eutrapélica", o algo así, con un político de mucho relieve: don Francisco Romero Robledo. Se ponían en labios del personaje insólitas declaraciones, que originaron enorme revuelo. Y el interesado se apresuró a manifestar que ni había dicho aquellas enormidades, ni habló con ningún periodista, ni se explicaba por qué le atribuían semejantes juicios.

Con ello subió de punto el escándalo. Por lo mismo que "Azorín" se había creado una autoridad indiscutible, muchos envidiosos de su fortuna cayeron sobre él como energúmenos, y se rasgaban las vestiduras ante la audacia del que se permitía inventar una sarta de embustes desde el diario más prestigioso de España. Hasta que, a los cuatro o cinco días, cuando todos se habían despachado a su gusto, insertó "El Imparcial" un suelticillo del vilipendiado escritor lamentando que nadie hubiese advertido que su trabajo era una "entreviú eutrapélica", y que la eutrapelia, según la Academia de la Lengua, es "donaire o broma inofensiva y recreación honesta"...

La memorable plancha, que ha pasado a nuestra antología de patinazos profesionales, repitióse luego con el "latifundio", del que habló don José Canalejas en uno de sus discursos del Congreso. "¡Hay que acabar para siempre con el latifundio!", exclamó, lleno de ímpetu. La ovación fué extraordinaria..., y al poco rato hervía en los pasillos de la Cámara una sola pregunta:

—Eso del "latifundio", ¿qué es?

—¡Hombre, por Dios!—aclaraban los cultiparlistas—. ¡El propio nombre lo dice. Una tabarra de mentiras con la que se está explotando al pueblo...

Menos mal que hubo quien pensó en la "eutrapelia", se fué a la biblioteca a consultar el diccionario... y se enteró de lo que el "latifundio" significaba.

Desde luego, el uso y el abuso del adjetivo "ágil" no pueden compararse

con el de los otros términos, porque todos lo conocían, aunque no siempre le dieran su auténtica acepción gramatical. Precisamente fué Canalejas el que tuvo que explicarla. Llevaba gobernando el país más de dos años, y ya se habían despertado codicias e impaciencias. Urdíanse intrigas en los distintos grupos. Alguien muy adicto a don José le advirtió que tuviese cuidado con el conde de Romanones.

—¿Por qué, si conozco de sobra a Alvaro?

—Se trata de un hombre muy habilidoso, muy travieso, muy ágil...

—¡Pobre de él si no tuviese otros méritos!—repuso el presidente—. La agilidad es cosa de monos, y sirve para subir a los árboles; mas no para regir a los pueblos.

Pues ahora hay muchísimos que imitan a los monos y quieren subirse al árbol. Ventajas de ser tan ágiles, compañero Gómez Santos. Comprendo que usted rechace el calificativo.—F. SERANO ANGUITA.

"MADRID" 23 Sep. 1964